

ESCENA I

Tres mesas con dos sillas cada una. Mostrador en un lateral con dos jarras y seis vasos. Un antifaz que Buttarelli tendrá guardado fuera. Don Juan, Don Luis y Don Diego llevarán antifaz desde el principio. Don Juan y Don Luis tendrán en un bolsillo sus papeles. Cuando sale la narradora, ya están en escena Don Juan –con antifaz-, que escribe sentado a la mesa. Ciutti y Buttarelli en el mostrador.

Narradora

Damas y caballeros,
preparaos para presenciar
la historia que escribió Zorrilla
hace mucho tiempo atrás.
Todo ocurrió en Sevilla
una noche de carnaval.
Entre risas y jolgorio
al apuesto galán ya veis.
Os dejamos, ya lo sabéis...
con Don Juan Tenorio.

D. JUAN: ¡Cuál gritan esos malditos!
 Pero, ¡mal rayo me parta
 si en concluyendo esta carta
 no pagan caros sus gritos!
 (Sigue escribiendo.)

BUTTARELLI: (A CIUTTI) Buen carnaval.

CIUTTI: ¡Chist! Habla un poco más bajo,
 que mi señor se impacienta pronto.

BUTTARELLI: ¿A su servicio estás?

CIUTTI: Ya hace un año.

BUTTARELLI: ¿Y qué tal te sale?

CIUTTI: No hay mozo que se me iguale;
tengo cuanto quiero y más.
Tiempo libre, bolsa llena,
buenas mozas y buen vino.

BUTTARELLI: ¡Cuerpo de tal, qué destino!

D. JUAN: *(Cerrando la carta.)*
Firmo y plego.
¡Ciutti!

CIUTTI: *(Acercándose)* ¿Señor?

D. JUAN: Dale esta carta a Brígida,
la dueña de doña Inés.
Es un demonio con faldas,
ella sabrá lo que hacer.

CIUTTI: Bien está. *(Se va.)*

D. JUAN: ¡Buttarelli!

BUTTARELLI: ¿Señor?

D. JUAN: Dime: ¿Don Luis Mejía
ha venido hoy?

BUTTARELLI: Excelencia,
no está en Sevilla.

D. JUAN: ¿Y no tienes noticias de él?

BUTTARELLI: No. Y me extraña que no haya venido.

Pues el caso es señor,
que justo hoy es el día
en el que se cumple un año
desde que apostaron quién haría más daño...

D. JUAN: Don Juan Tenorio o Don Luis Mejía

BUTTARELLI: ¿La historia sabéis?

D. JUAN: Entera, por eso te he preguntado.

BUTTARELLI: Yo no creo que ninguno acuda

D. JUAN: Uno al menos vendrá seguro.
¡Prepara su mesa! (Sale)

BUTTARELLI: Este hombre parece saber de lo que habla.
(Se pone a prepararla. Adelanta la mesa y le pone un mantel)

D. GONZALO: *(Entra)* ¿Hostelero?

BUTTARELLI: ¿Qué se ofrece?

D. GONZALO: ¿Conocéis a don Juan Tenorio?

BUTTARELLI: Sí.

D. GONZALO: ¿Y es cierto que tiene aquí
hoy una cita?

BUTTARELLI: Sí, con don Luis Mejía.
(Coge del mostrador una jarra y dos vasos)

D. GONZALO: Pues quiero una mesa

desde donde pueda verlo todo.

BUTTARELLI: *(Colocando la jarra y los vasos en la mesa)*
Esta mesa les preparo.
(Señalando otra mesa)
Si queréis en esta otra colocaros...

D. GONZALO: Pero prefiero mantenerme
oculto a sus ojos.

BUTTARELLI: Eso es fácil, señor.
Es carnaval.
Os basta con usar un antifaz.

D. GONZALO: ¿Tardarán mucho en llegar?

BUTTARELLI: A las 8 deben estar.
Y el que no esté, perderá. *(Sale)*

D. GONZALO: Pensaba casar a mi hija Inés
con ese tal don Juan.
Pero me han dicho que es el diablo.
Puesto que aquí tiene una cita,
hoy mismo lo voy a comprobar.

BUTTARELLI: *(Entra)* Ya está aquí. *(Le da el antifaz)*

D. GONZALO: Gracias, patrón:
Me cubro, pues, y me siento.
(Se sienta en una mesa a la derecha y se pone el antifaz. Buttarelli le pone un vaso de vino en la mesa)

D. DIEGO: *(Con antifaz)* ¿La hostería del Laurel?

BUTTARELLI: En ella estáis, caballero.

D. DIEGO: ¿Está en casa el hostelero?

BUTTARELLI: Estáis hablando con él.

D. DIEGO: ¿Es verdad que hoy tiene aquí
Tenorio una cita?

BUTTARELLI: Sí.

D. DIEGO: ¿Ha llegado?

BUTTARELLI: Aún no.

D. DIEGO: Pues esperaré allí sentado.
*(Se sienta al otro extremo. Buttarelli se va al
mostrador)*

¡Que un hombre de mi linaje
descienda a tan ruin sitio!
Pero no hay humillación
a que un padre no se baje
por ver con sus propios ojos
qué clase de monstruo
puede ser su hijo.

BUTTARELLI: ¿Quiénes serán estos caballeros
que se andan con tanto misterio?
(Entran Centellas y Avellaneda)

CENTELLAS: ¡Buttarelli!

BUTTARELLI: Señor capitán Centellas, ¿vos por aquí?

(Los dos van al mostrador. Mientras hablan, Buttarelli les sirve)

CENTELLAS: ¿Y cuándo ha habido fiesta
en Sevilla sin mí?
Además, vengo a tiempo para ver
el resultado de la apuesta
de dos diablos...¡la apuesta del año!

AVELLANEDA: Yo apuesto por don Luis.
No puede haber nadie
más endiablado.

CENTELLAS: Bah, Avellaneda, te has equivocado.
Don Juan le da mil vueltas.
Apuesto por él a ciegas.

(Entran D. Juan y D. Luis con decisión –cada uno por un lado- y se dirigen a la misma mesa. Cogen cada uno su silla y se paran)

D. JUAN: Esa silla está ocupada.

D. LUIS: Lo mismo digo.
Para un amigo
tengo yo esa reservada.

D. JUAN: Que esta silla es mía haré notorio.

D. LUIS: Y yo también que ésta es mía.

D. JUAN: Luego, sois don Luis Mejía.

D. LUIS: Y vos don Juan Tenorio.

(Ambos se quitan el antifaz)

D. JUAN: ¡Don Luis!

D. LUIS: ¡Don Juan!

(Se estrechan la mano. Centellas y Avellaneda van a su mesa y los saludan dándoles también la mano.)

CENTELLAS: ¡Oh, amigos! ¿Qué dicha es esta?

AVELANEDA: Venimos a ver vuestra apuesta.

CENTELLAS: ¡Eh! Y esos dos ¿no se acercan a escuchar? Vos. *(Por DON DIEGO)*

D. DIEGO: Yo estoy bien.

AVELANEDA: ¿Y Vos? *(Por DON GONZALO)*

D. GONZALO: Desde aquí oigo también.

D. LUIS: Razón tendrán si se niegan.
(Se sientan. Centellas y Avellaneda acercan dos sillas para sentarse con ellos)

D. JUAN: ¿Estamos listos?

D. LUIS: Estamos.
Que para eso aquí estoy:
Para ver quién obró peor
desde hace un año hasta hoy.

D. JUAN: Yo te lo diré.
Ese soy yo. Don Juan es el ganador.

D. LUIS: Eso está por demostrar.
¿Qué habéis hecho, don Juan?

D. JUAN: *(Mostrando su papel)* Esto escribí; y en medio año
que mi presencia gozó
Nápoles, no hay lance extraño,
no hay escándalo ni engaño
en que no me hallara yo.
Por donde quiera que fui,
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,
a la justicia burlé,
y a las mujeres vendí.
Yo a las cabañas bajé,
yo a los palacios subí,
yo los claustros escalé,
y en todas partes dejé
memoria amarga de mí.
A quien quise provoqué,
con quien quiso me batí,
y nunca consideré
que pudo matarme a mí
aquel a quien yo maté.
A esto don Juan se arrojó,
y aquí en este papel
muertos y amores escribí.
Pero antes de contarlos, contad vos, don Luis.

D. LUIS: En Flandes me quedé sin dinero
y me convertí en bandolero.
Robé al obispo, robé al capitán.
y me fui a París en busca de más.
Estuve allí unos meses sin otra empresa
que adorar a las francesas
y reñir con los franceses.
Y como vos, por donde quiera que fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí,

a la justicia burlé,
y a las mujeres vendí.
Tres veces he perdido mi fortuna
mas reponerla se me antoja
ya que mañana me caso
con doña Ana de Pantoja.
A esto don Luis se arrojó,
y aquí en este papel
muertos y amores escribí.
Así que veamos quién ganó la apuesta.
Lo traje escrito por no perder la cuenta.

(Cada uno coge el papel del otro y lo leen)

D. JUAN: Veintitrés muertos

D. LUIS: A ver vos...
Aquí dice treinta y dos.
Me vencéis. ¿Y conquistas?

D. JUAN: Vos presumís de cincuenta y seis.

D. LUIS: Y yo sumo en vuestra lista... ¡setenta y dos!
No se hable más. He perdido yo. Pero...

D. JUAN: ¿Pero?

D. LUIS: Entre todas estas mujeres
sólo una os falta en justicia.

D. JUAN: ¿Me la podéis señalar?

D. LUIS: Sí, por cierto: una novicia
que esté para profesar.

D. JUAN: Ah, sí...
Y bien pensado falta otra que se me antoja.
Puesto que mañana vais a casaros,
pienso quitaros a doña Ana de Pantoja

D. LUIS: *(Levantándose alterado)* ¿Seréis capaz?

D. JUAN: Yo os lo apuesto si queréis.

D. LUIS: Digo que acepto el partido,
porque lo tenéis perdido,
¿queréis veinte días?

D. JUAN: Seis.

D. LUIS: ¡Por Dios, que sois hombre extraño!
¿cuántos días empleáis
en cada mujer que amáis?

D. JUAN: Partid los días del año
entre las que ahí encontréis.
Uno para enamorarlas,
otro para conseguir las,
otro para abandonarlas,
dos para sustituirlas
y una hora para olvidarlas.

D. LUIS: Pues va la vida.

D. JUAN: Pues va. *(Se estrechan la mano)*

(DON GONZALO, levantándose de la mesa en que ha permanecido inmóvil durante la escena anterior, se enfrenta con DON JUAN y DON LUIS).

D. GONZALO: Si pudiera con mis manos

acabaría con los dos... ¡villanos!

D. JUAN: ¿Qué decís?

D. GONZALO: *(Se acerca a don Juan y los demás se apartan)*
Hablé con vuestro padre, D. Diego,
él sí que es un caballero,
y con él acordé
que con mi hija os caséis.
Mas, después de lo que acabo de ver,
¡antes mato a mi hija Inés!
(Se quita el antifaz)

D. JUAN: ¡Don Gonzalo!

D. GONZALO: El mismo.

D. JUAN: Me hacéis reír, don Gonzalo;
pues venirme a provocar,
es como ir a amenazar
a un león con un mal palo.
Si mal no recuerdo,
vuestra hija es novicia en un convento...
¡Gracias! Me habéis puesto en bandeja
la mujer que necesitaba para mi apuesta.
¡D^a Ana y D^a Inés quedan apostadas!

(DON GONZALO va a lanzarse contra Don Juan, pero lo interrumpe DON DIEGO que se levanta de la mesa en que ha permanecido encubierto. Dirigiéndose a Don Juan)

D. DIEGO: No puedo escuchar más.
 ¿Cómo puede haber tanta maldad?
 Sí... me lo habían contado.
 Pero creí que habían exagerado.

D. JUAN: ¿Quién se atreve a hablar así?
(*D. Diego se quita el antifaz*)
¡Válgame Cristo, mi padre!

D. DIEGO: ¡Mientes! No lo fui jamás.
Los hijos como tú
son hijos de Satanás.
(*A Don Gonzalo*)
Comendador, nulo sea lo acordado.

D. GONZALO: Ya lo es por mí; vamos. (*Salen*)

D. JUAN: Ni caso... Conque lo dicho, don Luis,
van doña Ana y doña Inés en apuesta.

D. LUIS: Y el precio es... la vida. (*Salen*)

AVELLANEDA: ¡Parece un juego ilusorio!

CENTELLAS: ¡Sin verlo no lo creería!

AVELLANEDA: Pues yo apuesto por Mejía.

CENTELLAS: Y yo apuesto por Tenorio. (*Salen*)

Cambio de decorado: una silla y una mesa. Sobre esta, un libro con la carta dentro.

ESCENA II

Narradora:

Valiéndose de argucias y engaños,
y sin perder una hora,
don Juan logra... ¿Qué diréis?
Sí, seducir a doña Ana de Pantoja.
Mientras tanto, la carta que don Juan
había escrito en la posada
llega a través de su cómplice Brígida a... “su amada”
(*hacer gesto*)

En escena, doña Inés.

BRÍGIDA: (*Entra*) Buenas noches, D^a Inés.
¿Mirasteis el libro que os di?

INÉS: No. Debe de estar por aquí.

BRÍGIDA: ¡Ay, pobre D. Juan!
Si él supiera que ni lo habéis abierto,
¡Menuda ofensa!

INÉS: ¿Cómo? ¿Don Juan me lo envía? (*Lo coge*)
Y... dentro hay una carta ¡Ay, madre mía!

BRÍGIDA: Pues... vamos la carta a ver.

D^a Inés: ¡Ay!, se me abrasa la mano
con que el papel he cogido.

Brígida: Doña Inés, ¡válgame Dios!,
jamás os he visto así:
estáis trémula.

D^a Inés: ¡Ay de mí!

Brígida: ¿Qué es lo que pasa por vos?

D^a Inés: No sé; desde que lo vi,
Brígida mía, y su nombre
me dijiste, tengo a ese hombre
siempre delante de mí.
Donde quiera me distraigo
con su agradable recuerdo
y si un instante le pierdo

en su recuerdo recaigo.
No sé qué fascinación
en mis sentidos ejerce,
que siempre hacia él me tuerce
la mente y el corazón.

Brígida: ¡Válgame Dios! Doña Inés,
según lo vais explicando
tentaciones me van dando
de creer que eso... amor es.

D^a Inés: ¿Amor has dicho?

Brígida: Sí, amor.

D^a Inés: No, de ninguna manera.

Brígida: Pues... por amor lo entendiera
el menos entendedor;
mas... vamos la carta a ver.

(Inés mira la carta y suspira)

¿En qué os paráis? ¿Un suspiro?

D^a Inés: ¡Ay! que cuanto más la miro,
menos me atrevo a leer.

(Leyendo)

“Doña Inés del alma mía”

¡Virgen Santa, qué principio!

(Lee.)

«Luz de donde el sol la toma,

hermosísima paloma

privada de libertad,

si os dignáis por estas letras

pasar vuestros lindos ojos,

no los tornéis con enojos

sin concluir, acabad.»

Brígida: ¡Qué humildad! ¡Y qué finura!

¿Dónde hay mayor rendimiento?

D.^a Inés: Ay, Brígida, no sé qué siento.

BRÍGIDA: Seguid, seguid la lectura.

D.^a Inés: *(Lee.)*

“Nuestros padres concertaron nuestra boda.
Ahora quieren anularla, ¡en mala hora!
Y la chispa de mi amor ahora es hoquera,
es volcán que me agita con violencia.
No puedo dejar de amaros.
Mi vida ahora está en vuestras manos”

BRÍGIDA: Como lo despreciéis, se va a la tumba.

D.ª Inés: ¿De verdad?

BRÍGIDA: No os quepa la menor duda.

D.ª Inés: ¿Qué es lo que me pasa, ¡cielo!,
que me estoy viendo morir?

Brígida: (Ya tragó todo el anzuelo)
¡Vamos, que va a concluir!

D.ª Inés: (Lee.)

«Acuérdate de quien llora
al pie de tu celosía,
y allí le sorprende el día
y le halla la noche allí.
Acuérdate de quien vive
sólo por ti, ¡vida mía!
y que a tus pies volaría
si le llamas a ti.»

BRÍGIDA: ¿Lo veis? Vendría.

D.ª INÉS: ¿Vendría?

Brígida: ¡A postrarse a vuestros pies!

D.ª Inés: ¿Puede?

BRÍGIDA: ¡Oh!, sí.

INÉS: ¡Virgen María!

¿Qué filtro envenenado
me dan en este papel,
que el corazón desgarrado
me estoy sintiendo con él?
¿Qué sentimientos dormidos
son los que despierta en mí?
¿Qué impulsos jamás sentidos,

qué luz, que hasta hoy nunca vi?
¿Qué es lo que engendra en mi alma
tan nuevo y profundo afán?
¿Quién roba la dulce calma
de mi corazón?

BRÍGIDA: Don Juan. *(Entra D. Juan)*

D:ª INÉS: ¡Don Juan!

D. JUAN: Inés de mi corazón *(Inés se desmaya al verlo y se le cae la carta al suelo)*

BRÍGIDA: Pobrecilla,
se ha desmayado de la emoción.

D. JUAN: Será mejor así. *(La coge en brazos para llevársela)*
Vámonos.

BRÍGIDA: ¡Oh! ¿Vais a sacarla así?

D. JUAN: Necia, ¿piensas que entré
en este convento
para dejármela aquí?

BRÍGIDA: Este hombre es una fiera.
Nada lo corta ni lo altera. *(Salen)*

(Entra D. Gonzalo)

D. GONZALO: ¡Brígida! ¿Dónde estás, desdichada?

¿Y dónde está mi hija?

(Ve la carta que está en el suelo y la coge)

¿Y qué es este papel?

¡Oh, Dios! Me temo lo peor. *(Sale)*

Cambio: Quitar silla. Poner banco.

ESCENA III

Narrador:

Pues sí. Nuestro galán se lleva a doña Inés a su casa con el fin de engatusarla, de engañarla y seducirla. Pero la inocencia y la dulzura de la dama harán lo que él no intuía:
Despertar la pasión y el amor sincero en su alma.

(D^a Inés está recostada, aún sin despertar de su desmayo. Brígida.)

D.^a INÉS: ¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí?

BRÍGIDA: Estamos en la finca de don Juan.
(Mintiéndole) El convento se incendió.
Menos mal que él nos salvó.

D.^a INÉS: Pues no recuerdo...
Pero..., ¡en su casa...! ¡Oh!
salgamos de aquí....
yo tengo Brígida la de mi padre.
¡Por mi honor! ¡Debemos huir!

D. JUAN: *(Entrando)* ¿A dónde vais, doña Inés?

D.^a INÉS: Dejadme salir, don Juan.

D. JUAN: ¿Que os deje salir?

BRÍGIDA: Señor, sabiendo ya el accidente
del fuego, estará impaciente
por su hija el comendador.

D. JUAN: ¿El fuego? ¡Ah!
No os preocupéis por don Gonzalo,
que él tranquilo estará
con el mensaje que le he enviado.

(Sale Brígida)

¡Cálmate, pues, vida mía!
Reposa aquí y, un momento,
olvida de tu convento
la triste cárcel sombría.
¿No es cierto, ángel de amor,

que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla
y se respira mejor?
Esta aura que vaga, llena
de los sencillos olores
de las campesinas flores
que brota esa orilla amena;
esa agua limpia y serena
que atraviesa sin temor
la barca del pescador
que espera cantando el día,
¿no es cierto, paloma mía,
que están respirando amor?
¡Oh! Sí. bellísima Inés,
espejo y luz de mis ojos;
escucharme sin enojos,
como lo haces, amor es:
mira aquí a tus plantas, pues,
todo el altivo rigor
de este corazón traidor
que rendirse no creía,
adorando vida mía,
la esclavitud de tu amor.

D.^a INÉS: Callad, por Dios, ¡oh, don Juan!,
que no podré resistir
mucho tiempo sin morir,
tan nunca sentido afán.
Callad, por compasión,
que oyéndoos, me parece
que mi cerebro enloquece,
y se arde mi corazón.
Me habéis dado a beber
un filtro infernal sin duda,
que a rendiros os ayuda

la virtud de la mujer.
¿Y qué he de hacer, ¡ay de mí!,
sino caer en vuestros brazos,
si el corazón en pedazos
me vais robando de aquí?
No, don Juan, en poder mío
resistirse no está ya:
yo voy a ti, como va
sorbido al mar ese río.
Tu presencia me enajena,
tus palabras me alucinan,
y tus ojos me fascinan,
y tu aliento me envenena.
¡Don Juan!, ¡don Juan!, yo lo imploro
de tu hidalga compasión
o arráncame el corazón,
o ámame, porque te adoro. *(Se abrazan)*

(Entra Ciutti)

CIUTTI: ¡Señor! Ha llegado un embozado
en veros muy empeñado.
D. JUAN: ¿Quién es?
CIUTTI: Dice que no puede
descubrirse más que a vos.
D. JUAN: Doña Inés, pasad a ese otro aposento.
(Sale doña Inés)
D. JUAN: Bien, que entre.
(Entra un caballero embozado)
Decid, pues: ¿a qué venís
a esta hora y con tal afán?
D. LUIS: Vengo a mataros, don Juan.
D. JUAN: Según eso, sois don Luis.
D. LUIS: Apostamos la vida y vengo a cobrarla.
D. JUAN: Os recuerdo que fui yo quien ganó.

D. LUIS: Haciéndoos pasar por mí.
Así conseguisteis a D^a Ana.

CIUTTI: (*Entrando*) ¡Señor, viene el comendador!

D. LUIS: ¿También engañasteis a D^a Inés?

D. GONZALO: (*Entrando. Sale Ciutti*) ¿Dónde está ese traidor?

D. JUAN: (*Se arrodilla*) A sus pies, comendador.

D. GONZALO: Miserable,
tú has robado a mí hija Inés
de su convento, y yo vengo
por tu vida, o por mi bien.

D. JUAN: Comendador,
yo adoro a doña Inés.
Escucha, lo que te quiero ofrecer:
Por el delito que he cometido,
en reclusión estaré;
y cuando estime tu juicio
que la puedo merecer,
yo le daré un buen esposo
te lo juro por mi bien.

D. GONZALO: ¡Nunca! ¿Tú su esposo?
Primero la mataré.
Entrégamela ahora mismo,
o el pecho te cruzaré.

D. LUIS: Ya he visto bastante.
A tus verdugos tienes delante.
Yo vengaré a D^a Ana
y don Gonzalo a su hija Inés.

D. JUAN: Venza el infierno, pues.
Don Gonzalo, pues mi alma así
vuelves a hundir en el vicio,
cuando Dios me llame a juicio,
tú responderás por mí.
(*Le da un tiro y cae. A don Luis*)
Y a ti, insensato,
cara a cara te mato.

(Riñen, y le da una estocada.)

CIUTTI: ¡Don Juan! ¡Salvaos! ¡Por aquí!

D. JUAN: Llamé al cielo y no me oyó,
y pues sus puertas me cierra,
de mis pasos en la tierra
responda el cielo, y no yo.

ESCENA IV

Cinco años después. Panteón de la familia TENORIO. Un magnífico cementerio. Sepulcros con estatuas de DON GONZALO, de DOÑA INÉS, de DON LUIS y DON DIEGO. Aparte, para colocar después, una mesa para cenar sobre la que habrá un reloj de arena.

Narrador:

Cinco años ausente
de Sevilla don Juan estuvo
y a su vuelta se detuvo
en un lugar que vio diferente.
El palacio que fue su casa,
sin saber cómo había sido,
lo encontró, de forma extraña,
en cementerio convertido.
A la muerte de su padre,
este dejó encargado
que en el panteón reposasen
aquellos a los que su hijo
la muerte había provocado.
Allí, entre otros,
don Luis Mejía estaba,
y estaba el comendador,
y también doña Inés,
que de sentimiento murió
cuando de nuevo al convento,
abandonada por don Juan, volvió.

Sin saber si era ilusión o realidad,
cobró vida la escultura...

D^a Inés: Yo soy doña Inés, don Juan,
que te oyó en su sepultura.

Don Juan: ¿Conque vives?

Doña Inés: *(Bajando del pedestal)*

Solo para ti.

Yo a Dios mi alma ofrecí
en precio de tu alma impura;

y Dios al ver la ternura
conque te amaba mi afán,
dijo: "Puesto que quieres ser tan fiel
a un amor de Satanás,
con don Juan te salvarás,
o, si no se arrepiente,
te condenarás con él."

(Vuelve al pedestal. Sale don Juan)

Narrador:

Don Juan alucinaba, claro,
y en su infinita osadía
decidió algo muy raro:
invitar aquel mismo día
a cenar en su casa,
¡vaya chulería!,
a la estatua de Don Gonzalo.
Don Gonzalo, por supuesto,
la invitación aceptó
y... el convidado de piedra
a cenar se presentó.
En esa cita funesta
el Comendador le anunció
que moriría al día siguiente,

que limpiara su conciencia
porque solo así Dios
sería con él clemente.

Y, muy educado don Gonzalo,
le devolvió la invitación.

Lo esperaría en el panteón
para cenar al día siguiente.

*(Se coloca la mesa. Entra Don Juan y baja Don
Gonzalo del pedestal)*

D. GONZALO: Anoche fui de invitado
y hoy te lo devuelvo,
por eso en mi mesa un cubierto
para ti he preparado.

D. JUAN: ¿Y qué es lo que me das?

D. GONZALO: Te doy lo que tú serás:
ceniza y fuego.

D. JUAN: Ceniza bien. ¿Pero fuego?

D. GONZALO: El de la ira omnipotente
donde arderás eternamente
por tu desenfreno ciego.

D. JUAN: ¿Y ese reloj?

D. GONZALO: Es la medida de tu tiempo.

D. JUAN: ¡Está a punto de terminar!
¿Y aquel entierro que pasa?

D. GONZALO: Es el tuyo.

D. JUAN: ¿Muerto yo?

D. GONZALO: El capitán Centellas anoche te mató
en la puerta de tu casa.

(Sube al pedestal)

D. JUAN: Por donde quiera que fui
la razón atropellé,
la virtud escarnecí
y a la justicia burlé.
(A las estatuas)

Dejadme, pues, morir en paz
a solas con mi agonía.
Mas con esa horrenda calma,
¿qué esperáis, sombras fieras?

D. GONZALO: Que mueras
para llevarse tu alma.
Y, como desperdicias también
el momento que te dan,
conmigo al infierno ven *(Le tiende la mano)*

D. JUAN: *(Cae de rodillas)*
Yo, santo Dios, creo en Ti;
si es mi maldad inaudita,
tu piedad es infinita...
¡Señor, ten piedad de mí!

D. GONZALO: Ya es tarde.

D^a Inés: ¡No!
(Don Juan se levanta y se dan la mano)
Yo mi alma he dado por ti
y, puesto que te has arrepentido,
Dios te otorga por mí
tu dudosa salvación.

D. JUAN: ¡Inés de mi corazón!
Es justo que quede aquí,
al universo notorio,
que pues me abre el purgatorio
un punto de penitencia,
es el Dios de la clemencia,
el Dios de don Juan Tenorio.
(Cae Don Juan a los pies de Doña Inés y muere)